

Y aunque Marcelino no conoció acaso estas palabras del Evangelio: «El Hijo del hombre ha venido no para ser servido, sino para servir (1)», añade el honrado historiador: «Cuando considero el esplendor de esta dignidad, no me asombra ya el encarnizamiento de sus competidores. El que la logra está seguro de enriquecerse con las liberalidades de las matronas, de atravesar la ciudad en un carro, deslumbrando los ojos de los espectadores con el esplendor de sus vestiduras, y de tener una mesa mejor provista y servida que la de los reyes (2). ¡Ah! ¡cuánto mejor inspirados estarían, si como algunos de sus colegas provinciales, se contentaran con un trato frugal, un exterior modesto y las puras virtudes que recomiendan mejor á los ojos de Dios y de los fieles!»

Para acabar con esta guerra intestina de la Iglesia, fué preciso recurrir á los guardias, al verdugo y á los suplicios. Expulsado Ursino de la ciudad, volvió y fué expulsado otra vez, durando la agitación muchos años. Habría cesado muy luego, si el emperador hubiera tomado enérgicas medidas. Pero este príncipe á quien no siempre bastaban las severidades de la ley, no quiso en tales circunstancias hacer intervenir seriamente el poder imperial.

Estaba, sin embargo, muy preocupado del anhelo de mantener la paz en las ciudades llevando á ellas la justicia. Al efecto, procuró suprimir extraños abusos que debían facilitar las transacciones tenebrosas: prohibió ser á la vez abogado y juez en una misma causa, y juzgar á puerta cerrada en el interior de su casa: el juez debe pronunciar su sentencia en el tribunal, después de un debate público y con todas las puertas abiertas. Las calamidades de los tiempos habían interrumpido ó hecho caer en desuso en muchas partes la antigua institución de las asambleas pro-

tina de las Escrituras, para reemplazar las defectuosas versiones que circulaban y de las cuales decía San Jerónimo (*Præfatio in Evangelia ad Damasum papam*): «Si se quiere que los textos latinos tengan autoridad, que se me diga cuáles son, porque poco más ó menos, hay tantos como ejemplares.» La obra de San Jerónimo ha venido á ser la Vulgata. Dámaso edificó iglesias que hizo adornar de pinturas; ejecutó trabajos de restauración en los cementerios cristianos (las catacumbas) y puso en los sepulcros de los mártires inscripciones en verso que él mismo compuso, y que Rossi ha recogido ó reconstruido (1) Matth., XX, 25.

(2) Confirma estas palabras de Amiano Marcelino, que vivió mucho tiempo en Roma el dicho que San Jerónimo (*Carta 6*, ed. Migne) refiere del pagano Pretextato al papa Dámaso: «Hazme obispo de Roma y me hago cristiano.» En otro lugar escribe á propósito del clero de Roma: «Vergüenza me da el decirlo, pero hay hombres que procuran obtener el sacerdocio y el diaconado por ver más libremente á las mujeres, *ut licentius mulieres videant*, compitiendo en fausto con los cónsules, los gobernadores y los generales del ejército. El adorno es todo su cuidado: llevan los cabellos rizados á hierro y los dedos cuajados de diamantes... de modo que se creería ver más bien novios que sacerdotes.» C. S. Jeron. *in Michæum*, 20, y Carta 84 á Eustoquia; Gregorio de Nacianzo, Disc. XXXII; Sulpicio Severo, Dial. I... *qui ante pedibus aut asello ire consueverat, spumante equo invehitur*; Salviano, *Contra la avaricia*, lib. I, donde representa a la Iglesia «debilitada por su fecundidad, disminuida por su crecimiento, y quasi viribus minus valida. San Agustín (*Carta 148*) reconoce *nihil esse in hoc tempore... letius, hominibus acceptabilis, episcopi, aut presbyteri, aut diaconi officio, si perfunctoria atque adulatoria res agatur*; y Fleury, *Costumbres de los cristianos*, cap. 48, añade: «Nada es más común en los siglos IV y V que estas especies de saluciones:—Al señor santísimo, piadosísimo y venerable obispo, etc.—Era cosa corriente prosternarse ante ellos y besarles los pies.»

Dirigianse estos homenajes al representante de Dios, pero el que así era honrado ¿no concebía un orgullo que obraba sobre su conducta política y le inspiraba un espíritu de dominación? *Recidisse jam sacerdotii dignitatem ad regnandi cupiditatem apparet, ab humilitate ad superbiam*, decía también un discípulo de San Juan Crisóstomo, San Isidoro de Pelusio (*Cartas 5 y 21*). Por sus consecuencias sociales y políticas, estos males dependen de la justicia de la historia.

vinciales: Valentiniano las restableció, precisó sus derechos y autorizó á sus diputados para servirse de la posta pública cuando trajeran á la corte las quejas ó reclamaciones de sus comitentes.

Sus sucesores se esforzaron también en reanimar la vida pública en las provincias: Teodosio, por sí solo, publicó cinco constituciones sobre este asunto. El famoso edicto de Honorio, en 418, será como el supremo llamamiento del príncipe á los súbditos, á quienes no sabía defender del enemigo ni de la miseria una administración maléfica.

Todavía señaló más Valentiniano su solicitud para los intereses de las ciudades, creando en cada una de ellas una nueva función, cuyo titular, *defensor civitatis*, que también se llamaba *patronus plebis*, tuvo el encargo de proteger á los débiles y cortar los abusos, señalándolos al prefecto del pretorio. Será, dicen las constituciones, un padre para la plebe, el defensor del inocente, el patrono de la población pacífica de la ciudad y del campo. Los protegerá contra la insolencia de los funcionarios, los insultos de los jueces, los recargos de impuestos y las exacciones de todas clases. Los pobres son sus hijos, *liberorum loco tueri debet*. Para garantizar su independencia, decidió el emperador que el defensor, cuyos poderes duraban cinco años, sería elegido fuera de la curia y de la administración del Estado, entre los personajes que cesaban en sus cargos, á fin de que no tuviera colegas á quienes satisfacer ni jefes que sufrir, salvo el prefecto del pretorio, que podía anular su elección (3).

El nuevo cargo era acaso una reminiscencia de funciones muy antiguas. El protectorado de los débiles se manifiesta bajo formas diversas en toda la historia de este pueblo, tan duro, sin embargo. Al principio, la clientela alimentó á los pobres de Roma; después, en tiempo de la república y del alto imperio, el patronato de los grandes aseguró á los súbditos defensores de sus intereses ante el senado y ante el príncipe; en la época antonina, el *syndicus* (*συνδικος, ἑκδικος*) cuya existencia se hace constar en muchas ciudades de Italia, Asia y Africa.

«Si alguno, dice Adriano en un decreto dirigido á los atenienses, tiene reclamaciones que hacer á mí ó al prócónsul, que nombre el pueblo un síndico.» Este abogado de la ciudad no era ni el patrono de los antiguos tiempos, ni el defensor de los nuevos, sino que representaba la idea que había hecho dar á las asambleas provinciales el derecho de llevar sus reclamaciones al emperador y que continuaba á través de los siglos con singular y loable tenacidad.

La institución del *defensor civitatis* no recaía ciertamente en elogio de los funcionarios imperiales, cuyos malos manejos muestra A. Marcelino en cada página, y debió de desagradarles mucho, como quiera que el defensor era un vigilante que Valentiniano ponía sobre el agente del fisco,

(3) *Non ex decurionum seu ex cohortalium corpore, sed ex aliis idoneis personis huic officio deputentur* (Cod. Just., I, 55, 1-4). Su cargo consistía en *velut ut plebs omnis officii patronorum contra potentiam defendatur injuriis* (Cod. Teod., I, 11, 1, anno 364). Se ha dicho que los dos cargos de defensor y de duunviro no habían podido existir al mismo tiempo. Valentiniano que creó el primero en 364, menciona el segundo en 372 (*Ibid.*, XII, 1, 77). Las tres grandes dignidades en los municipios y colonias eran las de los sacerdotales, flamines perpetuos y duunviro (*Ibid.*, XII, 5, 2, anno 337). El cargo de los defensores vino á ser muy luego importante, y lo fué más todavía después de Justiniano, que extendió su competencia limitada antes á los litigios que no pasaban de 50 áureos hasta los procesos en que la diferencia llegaba á 300 sólidos de oro (*Nov. Just.* XV, 3, § 2). Véase en el *Cod. Teod.*, ed. Haenel, más completa que la de Godefroy, el título de *Defens. civit.* y el comentario de Godefroy á este mismo título, t. I, p. 67 y sig.

el repartidor de las contribuciones y el juez «amigo de juzgar en las sombras,» pero á cuyo lado tendrá siempre libre acceso el defensor (1).

Al investir á un laico de este patronato de los pobres, el emperador se había propuesto acaso sustraer á la influencia de la Iglesia la plebe, que había sido su primera conquista. Si fué esta su política, no la siguieron sus sucesores. Cuando Honorio llamó en 409 á todo el clero de la ciudad á hacer la elección en concurrencia con los notables, puso á la nueva magistratura bajo la dependencia de los obispos.

No todos los administradores eran concusionarios ó asesinos, de que tanto abundan las narraciones de Amiano. Pretextato y Olibrio, ambos prefectos de Roma, provocaron sin duda los reglamentos que se leen en dos constituciones que les fueron dirigidas. La primera organizaba el servicio médico para los pobres en las catorce regiones de Roma; la segunda era concerniente á la policía de las escuelas de esta ciudad. Los estudiantes, dice la última, deben estar provistos de una licencia del magistrado de su provincia; á su llegada, harán registrar, en las oficinas del censo, el nombre de su país y el de su familia, su clase de estudios y su domicilio en Roma, á fin de poder cerciorarse de si hacen bien lo que han declarado que querían hacer, si se portan honradamente, evitan las sociedades ó compañías peligrosas y no son muy amigos de espectáculos y festines. Los que se porten mal serán castigados públicamente con las varas, expulsados de la ciudad y enviados á su provincia.

Los estudiantes que se conduzcan bien podrán permanecer en Roma hasta los veinte años de edad. Los negligentes serán enviados á su país.

Todos los meses, el prefecto de la ciudad dirigirá á los magistrados provinciales una relación ó memoria de los estudiantes de su provincia, y todos los años al emperador una noticia individual sobre los escolares más distinguidos, á fin de que el príncipe pueda elegir entre ellos los más aptos para los diversos empleos (2).

He aquí un reglamento escolar útil, salvo lo de las varas.

Hora es ya de que hablemos de lo que fué el gran cuidado de Valentiniano, la defensa del imperio. Muerto Juliano, los bárbaros habían sacudido el temor que les inspiraba. «En este año de 365, dice Amiano Marcelino, resonó la trompeta del uno al otro cabo del mundo romano. Todas nuestras fronteras fueron asaltadas: la Galia y la Recia por los alamanos; las dos Panonias por los cuades y los sármatas; la Bretaña por los pictos, los sajones y los escotos. Los gétulos y los moros corrían por aquí y por allá en Africa; los godos en la Tracia, y Sapor procuraba, por su parte, apoderarse de la Armenia.» Y, en fin, Procopio se proponía hacer una revolución en el Oriente.

Valentiniano dejó que su hermano Valente saliera solo del aprieto: su teniente se limitó en la Iliria á impedir que la revolución se extendiera al Occidente, y él mismo, en octubre de 365, salió de Milán para Lutecia, Reims y Tréveris, las tres capitales de la Galia del Norte, donde pasó espacio de diez años defendiendo y fortificando sus fronteras.

(1) *Ingrrediendi, cum voles, ad judicem liberam habeas facultatem* (Cod. Just., I, 55, 4).

(2) *Cod. Teod.*, XIV, 9, 1. San Agustín (*Conf.* VI, 8) cree que las escuelas de Roma estaban mejor organizadas que las de Cartago. Véase en el *Cod. Teod.*, XIV, 9, 3, anno 425, la reorganización de la escuela de Constantinopla. La de Roma fué sin duda objeto de una constitución análoga. Del mismo año el *Chisigo Teodosio*, VI, 21, contiene una ley relativa á los profesores de Roma que merecían la dignidad condal.

El grande esfuerzo de la Germania contra el imperio se hacía entonces por el S. O., adonde acudían todos los que buscaban aventuras y botín. Las *Tierras Decumatas* (Baden y Wurtemberg) habían sido en otro tiempo como un rincón hundido por Roma en el corazón de la Germania; y el Schwarzwald era entonces una fortaleza, desde donde los bárbaros se lanzaban sin cesar sobre la Galia.

Descontentos los alamanos de que se les hubieran enviado este año presentes menos ricos que los anteriores, hubieron de rechazarlos despectivamente, y buscaron la indemnización en el pillaje de las provincias renanas.

Al principio fueron fácilmente rechazados; pero durante el invierno de 366, pasaron el Rin sobre el hielo y sorprendieron las tropas acantonadas en las Germanias, que en un combate dado no lejos de Besançon, perdieron un estandarte y un caudillo, el franco Charietto.

Valentiniano despojó de sus armas á los que habían huido y aun los conminó con el oprobio de venderlos como esclavos. Suplicaron al príncipe que pusiera á prueba su valor en otra ocasión, y en la segunda campaña, hábilmente conducida por el maestre de la caballería, Jovino, los alamanos, que habían penetrado hasta Chalons del Marne, fueron completamente derrotados. La batalla duró todo un día de verano, y seis mil muertos y cuatro mil heridos por parte de los bárbaros, y mil doscientos muertos y doscientos heridos por parte de los romanos, cubrieron los campos Cataláunicos, donde más tarde se hará mayor carnicería. Estos guarismos y el encarnizamiento de la lucha anuncian que se acerca el día de la invasión definitiva. La noticia de esta victoria llegó á Lutecia en el momento en que unos mensajeros llevaban á Valentiniano la cabeza de Procopio; siniestro homenaje del emperador de Oriente á su hermano.

En la batalla de Chalons cayó prisionero un rey, y los soldados lo ahorcaron: Valentiniano les hizo reconveniones por ello, probablemente poco sinceras, porque al mismo tiempo, un traidor ganado á precio de dinero asesinaba en Germania á otro caudillo, que fué el principal instigador de aquellas incursiones.

Pero los bárbaros no contaban sus muertos, y muy luego volvieron á insultar el territorio romano. Aprovechando una fiesta cristiana, que había retirado de puertas y murallas á la población, sorprendieron la plaza de Maguncia y se llevaron multitud de cautivos.

Valentiniano resolvió hacer sentir á estos eternos saqueadores los mismos daños que hacían ellos á las provincias romanas, y al propósito, pasó el Rin y penetró 50 millas tierra adentro, incendiando casas y villajos; rechazados los más bravos guerreros alamanos á una elevada meseta, fueron perseguidos y exterminados en ella (368) (3).

Dado este golpe en el corazón del país enemigo, volvió el emperador á Tréveris, donde se consagró exclusivamente á fortificar la línea de las defensas del río y á establecer en la orilla derecha algunos puestos avanzados. Un castillo construído hacia el sitio en que se eleva hoy Mannheim, dominaba la entrada del valle del Neckar, uno de los gran-

(3) Am. Marcelino, XXVII, 10, y Ausonio, *Mosella*, V, 421 y siguientes. El poeta, preceptor de Graciano, lo había acompañado en esta expedición. El lugar de la acción se sitúa entre Rothwell y Rothemburgo. Los gentiles fueron los que atacaron, y Marcelino cita por su valor al *escutario* ó escudero Natuspardo, cuyo nombre mismo revela su origen. Un poco más tarde, nombró Valentiniano á Fraomar, rey de los alamanos, tribuno de un cuerpo de sus compatriotas que servía en el ejército romano. También dió mandos á Bitarid y á Hortar, otros dos caudillos alamanos. Pero este último fué quemado vivo, á consecuencia de haber mantenido inteligencias secretas con sus compatriotas (A. Marcelino, XXIX, 4).

des caminos seguidos por los romanos para subir al interior de Alemania y por los bárbaros para descender á la Galia (369).

Tomó además otra precaución, la de impedir los casamientos entre romanos y bárbaros. Pero estos se encontraban donde quiera en el imperio; y en las dos orillas del Rin y del Danubio, hasta bien lejos en el interior de las provincias fronterizas, las costumbres eran, poco más ó menos, las mismas. La ley fué pues letra muerta, y los enemigos continuaron recibiendo secretos avisos por parte de los compatriotas que tenían en el ejército romano, de los designios formados contra ellos, ó de los seguros golpes que deberían dar á su vez.

Sin embargo, los alamanos eran aún de temer, y Valentiniano decidió arrojar sobre ellos á los burgundos que vecinos de ellos por el N. E. (Turingia) estaban enemistados por cuestión de unas salinas que se disputaban. Propúsoles concertar un ataque contra el enemigo común, no porque quisiera hacer campaña con los burgundos, sino con la esperanza de que, después de haber desencadenado esta guerra, no tendría más que contemplar alguna furiosa campaña entre germanos, como aquellas que regocijaban el corazón de Tácito.

Pero cuando ochenta mil burgundos en armas vinieron á reclamarle la asistencia y subsidios prometidos, no quiso formar su pequeño ejército al lado de tan numerosos auxiliares, ni sustituir á los alamanos, divididos entre sí, con un pueblo bastante unido para poner tales fuerzas en pie de guerra. Bajo diferentes pretextos retardó la concentración de sus tropas, y desechados los burgundos volvieron á su país.

Advertidos los alamanos por el peligro que habían corrido, permanecieron en reposo hasta el fin del reinado de Valentiniano. En 374, su rey Macrián ajustó con él una paz que hizo del bárbaro el aliado de Roma hasta su último día.

Unos sajones que montaban frágiles barcos cuyas banderas eran de mimbre, penetraron en 370 por los ríos de la Bélgica en el interior de la provincia y destruyeron el cuerpo que la guardaba. Un ardid, que el honrado Marcelino encuentra desleal, causó su perdición: los que no cayeron al filo de la espada ó al bote de la lanza de los catafractarios, fueron destinados á los anfiteatros. Pero en Roma se estrangularon veintinueve por no servir de diversión al pueblo.

En la Bretaña, los pictos que cultivaban las llanuras de la Escocia, los escotos ó escoceses cuyos ganados pacían en sus montañas, habían sido siempre incómodos vecinos para las provincias romanas. San Jerónimo acusa á los últimos de cruel y refinado canibalismo (1). Mientras un caudillo bravo y vigilante velaba desde Eboracum sobre sus movimientos, se vivía tranquilamente al Sur del muro de Adriano: las ciudades estaban florecientes en tierra tan fecunda, de donde sacaba Juliano trigo para mantener su ejército. Pero tan lejos de la vista del príncipe, los gobernadores se abandonaban á la corriente del tiempo, la rapacidad, y las legiones no recibían sus pagas íntegras: los soldados desertores vivían del pillaje en los caminos públicos, mientras los piratas sajones ó francos devastaban el litoral; de aquí resultaba que los habitantes perdían naturalmente su afecto á un imperio que pedía mucho y no daba nada.

En medio de esta desorganización, crecía más y más la audacia de los bárbaros, que recorrían todo el país hasta

(1) ...*pastorum nates et feminarum papillas soleris abscindere et has solas ciborum delicia arbitrari* (S. Jerónimo, *Opera*, t. II, p. 75).

la costa de Kent sin temer medir sus fuerzas con las tropas regulares. Este estado duraba con intervalos de reposo desde la grande insurrección de Carausio, que había abierto la isla á los sajones y á los francos. Constancio Cloro y Constantino habían puesto orden en esto; pero había sido menester que pasara allá Constantino II, y Juliano á su vez tuvo que enviar tropas.

En 368, supo Valentiniano en Tréveris, donde residía para vigilar de cerca sus puestos avanzados del Rin, que los dos jefes militares de la Bretaña habían muerto y la provincia estaba casi perdida, y para recobrarla tomó enérgicas medidas. Un general hábil y honrado, el español Teodosio, pasó el estrecho con fuerzas que le permitieron rechazar á los sajones sobre el mar y á los escotos sobre sus montañas, reapareciendo los estandartes romanos en el muro de los pictos (369).

Recompensado Teodosio con el título de maestre de la caballería, vino á ser el lugarteniente necesario de Valentiniano, que lo encargó de reprimir una peligrosa insurrección.

Los bárbaros del Sur sentían, lo mismo que los del Norte, que el gran cuerpo del imperio se debilitaba lentamente, pero de continuo, bajo el peso de sus vicios constitucionales y de los golpes asestados contra él de mil puntos de su inmensa frontera. Los gétulos habían venido á pillar y matar hasta á los arrabales de las ciudades de la Tripolitana y Leptis sufrió un sitio de ocho días. La antigua asamblea en que se discutían los intereses comunes de la provincia, envió diputados al emperador quejándose de la incuria de aquel gobernador. Romano, que así se llamaba, cohechó á los comisarios encargados de examinar su conducta, y cinco de los notables fueron ejecutados como calumniadores (370).

Mientras los gétulos llevaban el espanto al Este de la provincia de Africa, el hijo de un poderoso caudillo mauritano, Firmo, á quien Romano había condenado á muerte, sublevó á su pueblo para evitar el suplicio (2). Funcionarios imperiales, jefes militares, prefectos y tribunos y soldados reclutados en la provincia se pasaron á su causa, y un tribuno de infantería constantina le ciñó á la frente su collar de oro en guisa de diadema, y fué proclamado rey: Juliano fué coronado así.

Por fortuna Firmo no era Juliano. Tomó á Icosium (Argel), la gran ciudad de Cesarea (Cherchel) que incendió, y un momento pudo creerse dueño del Africa romana, viendo que la población indígena y los donatistas se agrupaban al rededor del jefe nacional. Pero habiendo perdido ya los hábitos de guerra, mal armados, sin disciplina ni táctica, los provinciales no podían mantenerse contra tropas regulares bien conducidas por un hábil general (372).

Teodosio partió de Arles en una flota que llevaba un cuerpo expedicionario y desembarcó en *Igilis* (Djidjelli). Inspirándose en la táctica de Mario contra Yugurta, persiguió á Firmo hasta los puntos extremos en que parecía que el sol de Africa debía ser funesto para soldados procedentes de los acantonamientos del Norte de la Galia. Con un cuerpo de ejército de 3.500 hombres escogidos, listo y bien provisto, que renovaba sus víveres en los *silos*

(2) El Africa había tenido *latifundia* desde muy temprano. Plinio los señaló inmensos desde el tiempo de Nerón. Combinándose este régimen de propiedad con el de las tribus, cubrió el Africa de dominios imperiales ó privados tan extensos como territorios de ciudades, como, por ejemplo, los de los Lolios, Arrios, Matidia, Lusio Quieto, Firmo y más tarde Gildón. Los grandes jefes son muy antiguos en aquel país; pero en tiempo de los romanos, ciudades florecientes hacían equilibrio á aquellos principados.

de los indígenas, ó en depósitos hábilmente preparados, pasó por todas partes incendiando los pueblos y las cosechas que no podía utilizar. Sabía desbaratar los ardides de un enemigo sin fe y se aplicaba á conocer los negocios interiores de las tribus, á fin de poder reorganizar con jefes fieles las que se le sometían. Pero digno lugarteniente del más duro de los príncipes de Roma, hacía una guerra sin piedad y administraba sin complacencia. Los desertores, los traidores, los cobardes que habían huido del campo de batalla, los empleados cómplices de las prevaricaciones de Romano, todos perecían bajo la segur ó en la hoguera, después que la tortura les había roto los miembros.

Perseguido por todas partes Firmo, iba á tener la suerte de Yugurta entregado por Bocco. Pero una noche aprovechó el sueño de sus guardias para atar en silencio una cuerda á un garfio y colgarse. Igmacen, rey de los isafenses, á cuyo lado había creído encontrar asilo, cargó su cuerpo en un camello y se lo llevó á Teodosio: la guerra, pues, estaba concluída.

Mientras este general devolvía una provincia al imperio, su hijo, que fué más tarde el emperador Teodosio, salvaba otra. Valentiniano hacía ejecutar á lo largo del Danubio hasta la Dacia de Aureliano, trabajos semejantes á los ejecutados ya por su mandato en la orilla izquierda del Rin. Quiso también tener un pie en el país de los cuades, como había hecho en el Neckar de Alemania; y Gabinio, rey de los cuades, vino á hacer humildes representaciones al duque de la provincia Valeria, el cual lo convidó con su séquito á un festín y los hizo degollar á todos.

Para vengar esta perfidia los cuades y sus vecinos entraron en tierra romana, donde por poco no cautivan á la hija del emperador Constancio, Flavia Constancia, que canonizó después la Iglesia y que, prometida entonces al hijo mayor de Valentiniano, era conducida á su esposo. Los bárbaros exterminaron dos legiones, y fué menester levantar á toda prisa las murallas de Sirmio. Pero el joven Teodosio, duque de Mesia, batió en muchos encuentros á los sármatas, que habían invadido su provincia, y los obligó á implorar la paz.

Valentiniano envió á la Panonia una división de tropas galas, que hubo de seguir de cerca. Tal era entonces la vida de un emperador romano: siempre en la frontera, espada en mano, para detener á unos bárbaros que al contacto de Roma, habían aprendido de ella algunas artes de la paz y de la guerra, que tenían ya mejores armas y una táctica más peligrosa, con todo lo cual debía contarse.

En otro tiempo, el hombre orgulloso y duro, que impedía en el Occidente, no se había desdenado de ir á la orilla derecha del Rin á tratar de potencia á potencia con un rey de los alamanos. A lo largo del Danubio encontró florecientes ciudades, casi destruídas, y arruinadas del todo las antiguas fortalezas. Atravesó el río cerca de *Aquincum*, y pasó al filo de la espada á todos los cuades que pudo haber á la mano, guerreros ó pacíficos, mozos y ancianos, mujeres y niños; los demás, desde lo alto de las montañas donde se habían refugiado, vieron con ojos arrasados de lágrimas cómo el incendio devoraba sus villajos, y poseídos de espanto imploraron humildemente el olvido de lo pasado.

El emperador los recibió en Bregecio (1) con enojo y cólera, y se arrebató contra ellos con tan atroz violencia que se le rompió una vena del pecho y se murió aquella noche.

(1) Plaza fuerte á orillas del Danubio, en la baja Panonia: la 5.^a cohorte de la legión 1.^a *Adjutrix*, tenía allí sus cuarteles. Sus ruinas se ven cerca de Szony, al Este de Comorn.

Este fin, digno de su vida, no ha de hacernos olvidar que, á lo menos para la guarda del imperio y para la paz religiosa, había llenado bien sus funciones de emperador (17 nov. 375).

Valentiniano dejaba dos hijos: Graciano, á cuya madre, Valeria Severa, había repudiado, y Valentiniano II, habido de su segunda mujer, la emperatriz Justina. En 367, durante una grave enfermedad, había conferido al primero, bien que sólo tuviera entonces ocho años, el título de Augusto, sin hacerle pasar por el primer grado imperial, ó sea el título de César, que ya, á partir de este príncipe, quedó suprimido (2).

A consecuencia de negociaciones é intrigas que duraron seis días, y que no conocemos, bien que se dejan adivinar, los principales oficiales del campamento de Bregecio dieron el mismo título á Valentiniano II, asignándole la Iliria, Italia y Africa por dominio. Graciano iba sin duda á llamar á su madre, que volvería con el corazón ulcerado por siete años de ultrajes, y reinaría como emperatriz, mientras Justina descendería á la condición de súbdita. Esta pues no podía sustraerse á la humillación y á los peligros de que estaba amenazada, sino haciendo elevar á su hijo al mismo rango imperial que el hijo de la repudiada, y estaba segura de encontrar amigos que desearían ser los amos de una nueva corte y de un príncipe niño. El más considerable de ellos, el que dirigió el negocio, Melobaudo, el general en jefe del ejército del Danubio, era pariente suyo. Con esta elección se arriesgaba una guerra civil; pero las mejores tropas de la Galia habían seguido á Valentiniano á la Iliria: el antiguo Augusto aceptó al nuevo fraternalmente, sin reserva ni segunda intención, y no hubo rivalidad entre las emperatrices ni entre los hermanos. La historia no ve en esta época en el Occidente más que dos pálidas figuras de emperadores efímeros, que desaparecerán, el uno á los 20 años y el otro á los 24.

III.—VALENTE (28 marzo 364. — 9 agosto 378).

No más que Graciano fué consultado sobre esta repartición Valente (3), el cual estaba entonces harto ocupado en Oriente para disputar á sus sobrinos un título ó una provincia. Su reino se había abierto por una insurrección que había puesto su trono en peligro. Aquel Procopio en quien se supone que Juliano había pensado para el imperio, se había mantenido oculto mientras vivió Joviano; pero algunos meses después del advenimiento del nuevo príncipe, había salido de su retiro, y con algunos soldados insurgentes, hubo de sorprender el palacio durante un viaje del emperador al Asia (28 set. 365).

Valente no era hombre simpático. Pequeño de estatura, casi negro de tez, y de ojos bizcos, no tenía en su persona ninguno de esos atractivos de gracia ó de carácter que subyugan ó imponen á la multitud, y pronto se vió que era cruel de propia índole y grosero por defecto de educación; y sobre esto ignoraba hasta la lengua de sus pueblos.

Así, pues, había creído Procopio que no sería difícil derribar á semejante príncipe. Los amigos de Juliano habían sido despojados de sus cargos ó empleos, sin respetar siquiera al prefecto del pretorio Salustio, que había rehusado el imperio, y todos ellos eran descontentos dispuestos á arrimar el hombro á un alzamiento: algunos hubieron de ayudar á Procopio á formar un ejército.

(2) Según Idacio, nació Graciano el 18 de abril de 359; y según el Crónico Pasc., el 28 de mayo.

(3) Habiendo nacido Valente en 328, tenía 36 años á su advenimiento.